

ALFAGUARA

SERIE ROJA

ALFAGUARA

JUVENIL

© 1997, 2015, Luis Pescetti
© De la edición
2010, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
© De esta edición (revisada):
2015, Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4165-0
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*
Primera edición: abril de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:
MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición:
LUCÍA AGUIRRE

Tapa:
JULIANA ORIHUELA

Pescetti, Luis María
El ciudadano de mis zapatos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Santillana, 2015.
256 p. ; 14x23 cm.

ISBN 978-950-46-4165-0

1. Literatura Juvenil Argentina. I. Título
CDD A863.928 3

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Luis María Pescetti

El ciudadano
de mis zapatos

(Edición revisada y
corregida por el autor)

ALFAGUARA

SERIE ROJA

*Ésta es una larga historia,
que no debería ser larga,
pero que va a llevar mucho tiempo
hacerla corta.*

Henry David Thoreau

1

Comencé a viajar con la esperanza de no encontrarme en todas partes. Pero, inmediatamente o dos días después, siempre terminaba apareciendo yo, sin importar adónde había ido ni con quién estaba. Este es el relato que hago para ver si entiendo cómo fue que vine a parar a México, o para ver si ubico dónde quedé, porque después de tantos viajes no logré dejar de encontrarme en mis dos pies, pero me perdí completa e irremediabilmente.

De cómo y por qué es la historia de estos viajes, y no tiene principio porque, para ser sincero, no hay edad en la que no me vea viajando, con todo el cuerpo y conmigo o nada más con la cabeza. Podría empezar hasta por los viajes pendientes, los lugares adonde me moría por ir y que no fui: Grecia, Italia, Francia, España. Cumplí el sueño de viajar, porque viajar viajé, solo que yendo a lugares a los que nunca había soñado ir. Fue como si hubiera estado agazapado esperando la llamada: ¡A viajar, Santiago!, por ejemplo, y luego, sencillamente, tenía que salir a vivir aventuras y disfrutar hazañas. Teóricamente era muy fácil. Solo que estuve

ahí, al acecho, y pasó, no sé, un verdulero y gritó: ¡A las ricas manzanas!, cualquier cosa y, confundido, salté de mi trinchera. Vale decir que realicé mi sueño y al mismo tiempo lo postergué para quién sabe cuándo. Debe ser que soy corto de vista en algún otro sentido además del físico, en el que también lo soy. No distingo lo que quería hacer de lo que solo se parece a lo que quería hacer, de lo que es para el otro lado de lo que quería hacer. Con la esperanza de que algo se despeje, de lograr desandar algo, ahora dejo palabras.

Como esta historia no tiene principio, y si lo tiene no lo reconozco, puedo empezar por Amelia, una profesora amiga, que había sido invitada a Cuba. Con la ilusión de que también me invitaran, le di un casete con canciones que componía para mis alumnos de las escuelas primarias y los jardines. Cuando regresó me contó que nadie le había parecido más acertado que uno de los periodistas del congreso al que había ido. Le di las gracias mientras con la otra mano tiraba al cesto mis esperanzas de viajar. Unos meses después, ese periodista cubano estaba de paso por Buenos Aires y me llamó para hacerme una nota. Después de la entrevista sacó tantas fotos que sospeché que se había equivocado de artista, que la cámara no tenía rollo o que era un rollo soviético provisto por un ente estatal. Creo que las tres cosas resultaron ciertas.

Él regresó a su país y yo a mi realidad, que por esa época eran los brazos de Andrea, una joven y prometedor maestra de jardín de infantes (en mi profesión de maestro de música y comediante en zona de playa, uno también se codea con colegas). Lo de joven es por los dieciocho años que tenía y lo de prometedor es porque nunca cumplió con la verdad. Yo estaba muy enamorado, aunque debo reconocer que

era verdadera fascinación por unos botoncitos que ella había descubierto en mí (que me había hecho conocer, descubrir lo que se dice descubrir, ella ya lo había hecho en otros continentes). O sea que mi amor era franco agradecimiento porque pasé de tener dos o tres zonas erógenas modestamente exploradas a superar la docena solo en nuestro primer encuentro.

Andrea tenía un novio del que estaba a punto de separarse, por lo tanto yo no podía hablarle por teléfono, ni visitarla, ni buscarla, ni escribirle. Ni pensarla fuerte. Nada. Ella me hablaba, me buscaba, me venía a ver. Se levantaba. Se iba. Nos reíamos mucho y nos amábamos más, hasta que nos amamos menos y nos reímos menos también. La cosa hubiera durado y hubiera sido más feliz si no me hubiera empeñado en poner tanto corazón en un encuentro que estaba dirigido a otros órganos. Le escribía poemas. Le escribí uno mientras la esperaba en un bar de Sarmiento y Montevideo, frente al teatro San Martín un día que tocaba una banda de jazz que dejé de disfrutar a medida que ella no llegaba a la cita. Toda la alegría que venía de encontrarme con ella se daba vuelta y mostraba sus filos. Como a la hora y media me fui con mi poema y una depresión espantosa. La historia ya había pasado antes, ya sabía que había demasiado misterio, demasiados *Yo voy, no me llames*. Porque era así; después nos encontramos y me dijo que había llegado. La prueba era que había estado cuando la banda tocaba no sé qué tema. De todas maneras a esa altura mi enojo era el que puede tener un náufrago con el barco que llega un mes tarde pero lo salva. Quería pelearme con ella y quería subirme a su cubierta, ponerme a su cubierto. Lo hice, o ella lo hizo, o ella dejó que yo lo hiciera.

Otra vez que no podía venir porque tenía muy poco tiempo, le propuse que nos encontráramos a mitad de camino, en la estación de trenes de Constitución. Cuando llegó le dije que fuéramos a un hotel, así estaríamos más cómodos. Teníamos solo una hora para vernos, pero de todas maneras propuse ir a un hotel. Era una época especial porque estaba por dejar a su novio. Parecía mentira pero sí, ya iba a hablar con él. Ya íbamos a ser el uno para el otro; y no como hasta ese momento: el uno para el otro del otro. Me imaginaba que las palabras serían: *No puedo seguir con vos, me enamoré y estoy dispuesta a dejar todo por él*. Otras veces me imaginaba que empezaría con: *Me enamoré de alguien...* o con: *Estoy dispuesta a dejar...*, pero entre esas variantes estaba el asunto.

Una vez que pasó lo que les había prometido a mis verdaderas ganas por las que la llevé a un hotel, puso su cara veintisiete, una expresión que quería decir: *Date cuenta de que estoy muy preocupada por algo*, también conocida como: *Quiero que me preguntes qué me pasa*. Yo, inmigrante recién llegado y dispuesto a oír cuánto cuesta el obelisco, le pregunté qué le pasaba, se lo hubiera preguntado incluso con una expresión mucho más moderada con tal de no perder lo de los botoncitos. Y ahí empezó a soltar eso que Verdi llamaba llanto y entre sollozo y sollozo y abrazo mío consolador, de inmigrante que se le hace que el obelisco está a precio de oferta, me contó que no nos habíamos visto ni me había llamado porque se había tenido que ir al interior de la provincia de Buenos Aires, pues la abuela de su novio estaba mal y, en medio del viaje (época en la cual ella iba a romper esos lazos ya casi inexistentes), él recurría, arteramente, a desabuelarse. Murió su abuela y estaba

destrozado; todo en medio de un imprevisto viaje. Y entonces ella: Entendeme, Santiago, no lo podía dejar en ese momento. Y menos yo pedirle que lo hiciera, imagínense. Todo seguiría igual, qué vamos a hacerle. Son cosas que pasan, golpes de la vida de los demás.

Lo que sí recuerdo es que cuando se enfermó mi padre no surtió el mismo efecto en Andrea. Le mandé un telegrama pidiéndole que me hablara, pues me acababan de decir que mi padre estaba enfermo, que era serio y me sentía pequeño, fuera del mundo, sin el viejo y sin orden alguno ni nada que les devolviera sentido a las cosas. Me llamó para contarme el problema que había sido mi telegrama.

—Andrea, te lo mandé porque necesito verte, mi viejo está enfermo.

—Pero te pido por favor que no hagas algo así porque mi papá se escandalizó, que quién eras vos y en qué andaba yo y...

—De acuerdo, no lo hice con esa intención.

—Es que tengo un lío tremendo ahora.

—No lo vuelvo a hacer, Andrea, parece que mi viejo está muy enfermo y...

—Ya sé, Santiago, pero oíme...

—¡Que te oiga qué! ¡Por Dios! ¡Te digo que mi viejo está enfermo y no parás, me seguís contando el drama de tu casa!

—Tenés razón... disculpame.

Y sí me oyó. Lo que siguió fue algo así como después te llamo, o cosa por el estilo. Y no, después no llamó y no solo no le mandé más telegramas, sino que dejé de esperarla. La verdad de esa relación ya tocaba la puerta y yo estaba atendiendo. Dejé de esperarla a Andrea, que me gustaba tanto.

Mi padre, que tendría que haber muerto de su cáncer tan terminal, murió del corazón gracias a los adelantos de la Industria del Cáncer. Allí nos encontramos en el pueblo, toda la familia y tanta gente que aparecía y que no sabíamos que el viejo era tan querido. Estábamos todos, pero más que nadie, mi madre, mi hermano y yo. Nosotros, que de por sí somos gente sencilla, ahí estábamos, todo lo pequeños y bien vestidos que se puede estar, ante algo tan grande, tan solemne y para siempre. Fui a la casa a buscar su gorra y sus lentes para ponerlos en sus manos. Después vino una parte que no es cierta y que fue cuando cerraron el cajón y fuimos al cementerio. Después vino otra parte que sí fue de verdad; volvimos a la casa más vacía que cuando él salía a hacer algo, y me puse a regar las plantas del patio. Mi madre preparó algo de comer, ordenó alguna ropa y a esa altura de la tarde cada uno ya había regresado a su casa, menos mi hermano, ella y yo.